

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dár ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LA POLÍTICA INTERESADA.

II.

¡Qué gran cosa fuera el que la pluma ó la lengua humana no pudieran moverse libremente, sino que se vieran arrastradas por una fuerza invisible á traducir con toda fidelidad lo que en la mente existe, ó lo que cuidadosamente se oculta entre los mas recónditos pliegues del corazón! ¿Quién es capaz de imaginar el prodigioso cúmulo de escritos y discursos que antes de salir á luz habrían perecido ahogados en las profundas regiones del silencio? Con harta frecuencia la verdad desnuda ofendería á la decencia pública, y un pudor convencional obliga á cubrirla con mas ó menos pomposos atavíos. Según el dicho de un astuto diplomático, el don de la palabra se ha concedido al hombre para ocultar su pensamiento, para velarlo, para transfigurarle con el afeite de un brillante colorido. Si se hubiera de dar crédito á las palabras y discursos de los que mas trafican con la política, y mas hondamente meten su mano en las intrigas de los partidos, y con mayor ahinco se desvelan y agitan para su propio engrandecimiento, se habría de admitir como verdad incontrastable que el amor patrio es el único resorte que les imprime el movimiento. De él depende, según ellos aseguran, toda su actividad y energía. Quitadles este vivo sentimiento, y les veríais sumidos en el ocio del

hogar doméstico, á guisa de autómatas cuyo muelle se ha quebrado. ¡De tan noble y generoso origen hacen proceder sus ocultos manejos y sus inquietas aspiraciones! Nada de bastardos intereses, nada de miras egoístas: se han declarado partidarios acérrimos de tales ó cuales ideas, porque han llegado á descubrir íntimas é indefectibles relaciones entre la bondad de aquel sistema político y la prosperidad de la nación á que lealmente ofrecen sus *retribuidos* servicios.

Mas, sea por via de parábola ó de hipótesis descabellada, imaginémosnos que un monarca constitucional, bien afianzado en su trono y contando con la lealtad de generales de gran prestigio, concibe una idea extravagante ó se propone llevar á cabo una curiosa experiencia. La nación que con blando cetro domina se halla dividida en dos partidos de encontradas ideas, de tendencias inconciliables; pero ambos legales y dispuestos á turnar en el poder, según lo que llaman los preceptistas *el juego de las instituciones*. Discútese en las cámaras una cuestión de grande trascendencia, un proyecto de ley que encierra todo un programa de gobierno; y triunfa el ministerio por una inmensa mayoría. Entonces el monarca, amigo de paradojas ó embozado enemigo de un sistema que restringe sus atribuciones, llama al presidente del consejo de ministros y le dice: «Las cámaras, que según vosotros representan á la nación, han hablado, y su solemne voz ha de ser para mí la norma invio-

lable de mi conducta. No tengo mas criterio que el suyo. En lo sucesivo, hasta que la nacion cambie de parecer, no ha de regir ley alguna ni disposicion económica ó administrativa que no esté marcada con el sello de las ideas que acaban de triunfar. Vuestro partido no puede menos de estar completamente satisfecho, y el bando contrario singularmente apenado; mas yo quiero que todos mis súbditos estén igualmente contentos. Por esto usando de la prerogativa de poder escoger libremente á mis consejeros, voy á disponer que desde el presidente del consejo hasta el alguacil del último juzgado, todo funcionario público y retribuido se entresaque del partido que se halla en desgracia.—Señor! contestaria el ministro, es que ellos se valdrán de los medios que ofrece el poder, emplearán sus talentos y sus influencias para combatir, falsear y derrocar nuestras ideas y sobreponerles las suyas.—Te engañas, replicaria el monarca, se guardarán muy bien de hacerlo, porque si lograsen que la nacion cambiara su manera de pensar, ellos descenderian de sus puestos y vosotros ocuparais las vacantes. En mi reino podrá haber cesantes, mas no cesantías. Discutid, hablad cuanto quisiereis en los clubs y en los comicios, en la prensa y en la tribuna; yo quiero que los unos se regocijen con la gloria del triunfo, y los otros se consuelen con la compensacion de la derrota. Política azul, empleados verdes; política verde, empleados azules. Esta es mi divisa.»

¿Conciben nuestros lectores lo que entonces sucederia? ¿Fueran por ventura pocos los que se apresurarian á cantar la palinodia y procurarian que se olvidaran sus antecedentes, para ver si por casualidad ó fortuna podria tocarles algo del nuevo repartimiento? ¿No es de presumir que el partido en masa se declararia de oposicion á un ministerio, obligado por las circunstancias á sostener y realizar la misma política que él defendia y de la cual se mostraba tan profundamente convencido? Cuando en un platillo de la balanza hay que colocar los principios y en el otro los intereses, ¿cuál es el que se viene abajo? Dirán quizás algunos que tales cuentos no merecen

fijar la atencion de personas serias, ocupadas en mas importantes elucubraciones; pero ape-lamos al recto juicio de otros mas ingenuos y sencillos, para que nos digan si en el cuadro que hemos bosquejado es todo tan fantástico y absurdo que nada tiene que ver con lo que sucede en el mundo real y positivo. ¿Seria necesario alambicar mucho el ingenio para hacer aplicaciones á lo presente y deducir ejemplos de la situacion misma que estamos atravesando? Los casos particulares no prueban una tésis general, y sin embargo ¿no es lícito suponer que no pocos de los tribunos mas fogosos llevan sus convicciones políticas prendidas con alfileres?

La política es una ciencia muy compleja: como aplicacion de las severas leyes de la moral y del derecho al régimen de los estados, tiene principios fundamentales que se apoyan en verdades inmutables; y como aplicacion de los medios mas conducentes para satisfacer las diferentes necesidades de las naciones, tiene que apoyarse tambien en una porcion de verdades relativas. Por esto encierra una multitud de problemas cuya solucion depende de los diversos datos que los concretan y determinan. La política de hoy no puede ser exactamente la de ayer, ni la de mañana será la misma de hoy; pero toda política que se funda en el error es falsa, y siendo falsa no puede ser justa ni conveniente. Ahora bien, ¿es cosa tan fácil, está al alcance de todas las inteligencias el discernir al primer golpe de vista lo absoluto de lo relativo, lo necesario de lo contingente, lo permanente de lo variable? ¿Sin previos estudios puede uno hacerse cargo de todas las condiciones y circunstancias de una nacion, para determinar el sistema político que mas le conviene? ¿Se ha paseado largo tiempo la vista sobre el inmenso campo de las opiniones, para rechazar las que pequen de temerarias y adoptar las que mayores probabilidades tengan de acierto? ¿Es prudente el arrojarse de cabeza en ese laberinto sin mas guia que el acaso, sin mas hilo que el de un sentimiento irreflexivo?

Triste cosa es que el instinto ó el capricho sean con harta frecuencia los móviles que in-

ducen al hombre á escoger el color de sus opiniones, como pudiera una elegante doncella escoger el color de sus vestidos; pero todavía es mas triste que ese oculto resorte sea el interés personal, tirano doméstico que exige el silencio de la razon y se sobrepone á los mas generosos sentimientos. El interés personal es hijo del egoismo, y el egoísta abre sus ojos, tiende sus miradas sobre la creacion entera, y no ve mas que una sola cosa que es su propia persona. Al que sigue tales ó cuales principios políticos movido por su personal conveniencia, por los impulsos de su vanidad, por la esperanza de satisfacer su ambicion ó su orgullo, no hay que preguntarle si son aquellas sus íntimas convicciones, si ha pensado las razones que militan en favor de las opuestas, si ha pensado alguna vez en el bien de la patria. Perezcan las colonias y sálvense mis intereses. Este es su lema: este es un grito que no sale de su boca, pero se mantiene encerrado en su corazon. Para desviarle de su camino, para combatir sus ideas ninguna clase de argumentos es valedera; son necesarias las decepciones traídas por el curso de los acontecimientos. Nunca mira al rostro de la razon; pero tal vez le hace mella el ver las espaldas de la fortuna.

— Cuando la razon del hombre es tan flaca de suyo, que no solo en las cuestiones mas árdidas sino hasta en las mas sencillas ofrece tantas y tan diversas soluciones á los que desinteresadamente la consultan, nada tiene de extraño que en política las opiniones se hallen tan divididas y contrapuestas. No, no hay ninguna inteligencia humana gemela de otra inteligencia: si se encontrasen dos en tan perfecto acuerdo que sin discrepar un punto sentenciasen de la misma manera todos los litigios sometidos á su fallo, seria caso tan extraño y prodigioso como la perfecta igualdad de facciones en dos hermanos mellizos. Y ello es una verdad innegable, que de cualquier materia se trate, dos opiniones encontradas no pueden ser igualmente justas, igualmente provechosas, igualmente verdaderas. Pues si el dar con la conveniencia general, con la verdad, con la justicia, es cosa de suyo

tan difícil y espinosa, aun cuando se apela al criterio de una razon clara y serena, ¿qué sucederá cuando entre la vista y el objeto se interpone el prisma que han fabricado los intereses? Esponerse así voluntariamente á seguir una política errónea, casi vale lo mismo que abrigar el error á sabiendas.

La discrepancia de las opiniones políticas es un mal inevitable, pero mal que sube de punto y se estiende y se encarna y va tomando mayores proporciones, á medida que se ve sostenido y fomentado por el antagonismo de los intereses. Circunscrito en un terreno puramente especulativo, seria uno de aquellos achaques habituales á que es preciso acostumbrarse; mas cuando la simple oposicion de ideas se transforma en agitada lucha de pasiones, se agrava una dolencia que lleva al enfermo hasta el borde de la tumba. No hay que predicar la recíproca tolerancia donde no puede existir la recíproca conveniencia. No pueden mirarse con igual rostro los favores y los reveses de fortuna, las esperanzas alentadas y las esperanzas fallidas, la necesidad de doblar la cabeza y la ocasion de levantarla con orgullo. Toda nacion en que las opiniones políticas de un color determinado constituyan el distintivo mas notorio, la aptitud mas reconocida, el mérito principal de los ciudadanos, y sean el recurso mas obvio para que uno labre su propio engrandecimiento, se halla cuando menos en un estado de guerra civil latente que puede conducirla á dos pasos de su disolucion y ruina. ¡Pobre nacion aquella en que se hace caso omiso de los intereses de la patria, y sin rubor alguno se habla en alta voz de los intereses de partido!

— La vanidad de los bienes de este mundo es tal, que segun la discreta observacion de un escritor ascético de nuestro siglo de oro, insigne hablista aunque algun tanto salpicado de conceptismo, estos bienes son tan contados y reducidos que el hombre no puede gozarlos sin perjuicio de sus semejantes; no puede aumentarlos para sí sin que para otros mengüen y tal vez desaparezcan, como si toda ganancia no pudiera ser debida mas que á una pérdida de igual valía. Los economistas modernos di-

rán que la proposición del buen religioso no es rigurosamente exacta, mas no por eso deja de encerrar un gran fondo de verdad. ¿A qué discordias pues, á qué desvaríos, á qué cúmulo de intrigas y conspiraciones no dará margen la política, que en vez de contentarse con el triunfo en la region de las ideas, busca con mayor empeño el triunfo material de sus partidarios, y tronando tal vez contra los privilegios erige en sistema un privilegio todavía mas repugnante y abusivo?

Estravagante utopia la de una perfecta conformidad de ideas políticas en un estado cualquiera! Pretension no menos ridícula que absurda sería el empeño de realizarla. No se vacían en idéntico molde los cérebros humanos. Mas no es esto de lo que debe tratarse, sino de inquirir y averiguar si hay sistemas políticos que por sus especiales condiciones tiendan á aproximar algun tanto, ó tiendan á apartar muy mucho de aquel imposible resultado: si los hay que sean mas apropiados para reducir, asimilar y unificar las opiniones, ó que faciliten medios y motivos para fraccionarlas y subdividir las: si los hay que induzcan á hacer de la política una mera especulación filosófica, ó los hay que proporcionen los medios para hacer de ella una mera especulación lucrativa: si los hay que traten de preservar á los incautos y sencillos de esa fiebre política, para ellos casi siempre esteril ó nociva, ó si al contrario tratan de hacerla cundir y volverla mas contagiosa: si los hay que por su índole misma propenden á moderar ó bien á exacerbar esta discordia intelectual, que siempre es un obstáculo al público sosiego. Si esto puede averiguarse, si este problema puede resolverse, los sistemas políticos están juzgados por sí mismos por lo que atañe á la buena armonía de los conciudadanos y á la tranquilidad interior de las naciones.

T. AGUILÓ.



REFLEXIONES FILOSÓFICAS.

EL ALMA HUMANA.

I.

¿Veis el mundo de los cuerpos? ¡Qué bello es! qué sublime! cuánta variedad! cuánta profusion de riquezas! qué piélagos de luz inundan esos espacios!

Estinguid de un soplo esa centella que oscila en la frente del hombre, suprimid el espíritu, y todo vuelve á las tinieblas, todo se hunde en el caos de donde salió el primer día.

¿Qué es la naturaleza sin una inteligencia creadora que la rija y gobierne? ¿Qué es el gran libro de la creación sin el ojo del espíritu que lo lea? Es lo que una página de la *Iliada* ante la estúpida mirada del gañan que no conoce los caracteres de la escritura, lo que un magnífico panorama ante la helada pupila de un difunto.

Y no obstante, hay quien duda de la existencia del espíritu, y no falta quien pregunte en tono de mofa: «¿qué es el espíritu? acaso le habeis visto nunca?» Insensatos! Si la luz de la evidencia se refleja en algun objeto, es sin duda alguna en el alma humana; si la certeza cabe en algun orden de conocimientos, es indudablemente en los que se refieren al mundo intelectual y moral.

¿Preguntais si hemos visto nunca el espíritu? Insensatos! nosotros pudiéramos preguntaros: habeis visto nunca la materia? Ese mundo corpóreo que está fuera de vosotros, que es independiente de vosotros, que no forma parte de vuestro sér, ¿quién os ha dicho que no sea un sueño, una bella ilusion de vuestra fantasía? Si un instinto irresistible, que parte del fondo mismo de vuestra naturaleza, no os cerciorara de la existencia real de la materia, ¿cómo responderiais á las cavilaciones de la razon? ¿cómo combatiriais la incertidumbre y la duda?

Nos preguntais si hemos visto el espíritu; ¿habeis visto vosotros acaso la materia? habeis visto esa sustancia que se oculta debajo de las cualidades sensibles de los cuerpos? ¿Vuestro ojo ha penetrado nunca al través de los colores hasta el fondo de esos objetos en que se reflejan los rayos luminosos? ¿Vuestro tacto ha podido por ventura vencer la resistencia que los cuerpos le oponen, y palpar esa sustancia invisible que se oculta detrás de la estension y la dureza?

II.

Preguntais si hemos visto el espíritu; nosotros os respondemos que sí, le hemos visto, le estamos

viendo en este instante. Ahora mismo que la pluma corre sobre el papel, ahora que nuestra razón discurre, nos hallamos trasladados á la region del espíritu; y le vemos con ese género de ver que se usa en el mundo intelectual, en ese mundo poblado de seres llamados ideas, en donde el orden, la belleza y sublimidad se ostentan con toda su imponente magnificencia, con todo su incomparable esplendor; y le tocamos con ese linaje de tocar propio de los seres incorpóreos, que al ponerse en comunicacion desarrollan el calor de su vida, y hacen prender el fuego del entusiasmo, y despiertan nobles y levantados sentimientos.

¿Preguntáis si hemos visto el espíritu? Sí, le hemos visto; ¿y quién no le ha visto? quién no le ve mil veces al día? El labrador que rompe con la reja del corvo arado las entrañas de la tierra, el obrero que lucha con las rudas fatigas de la fábrica ó del taller, el filósofo que dá vueltas en su mente á un intrincado problema, el estadista que se desvive para hallar solución á las cuestiones políticas más complicadas, ¿cuántas veces no se recogen en sí mismos é interrogan á ese espíritu cuya existencia negais, y le consultan en los casos dudosos, y le piden en los áridos sus luces, su actividad y energía?

Ese monólogo sublime que coloca al hombre á inmensa distancia del bruto animal, esa palabra interior que nos dirigimos á nosotros mismos, ¿qué otra cosa es sino el espíritu humano, ser misterioso, casi divino, que ora se repliega sobre sí mismo concentrando su actividad en un solo punto, ora se extiende y dilata por los espacios sin fin del mundo de las ideas?

¿Veis ese hombre que permanece largas horas inmóvil como una estatua, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho? quién es? Es un artista, un filósofo, tal vez un santo. Ah! no vengais á interrumpir las sagradas tareas del genio, no vayais á cortar el vuelo de la inspiracion, alejaos; el espíritu habla consigo mismo, y de ese monólogo misterioso brotarán como por encanto la *Tránsito* de Rafael, los *Pensamientos* de Pascal, la *Compañía de Jesús*.

¿Y todavía preguntáis si hemos visto el alma? Desgraciados! La luz del espíritu se derrama á torrentes sobre los objetos que nos rodean, su inmenso resplandor se difunde por todos los ámbitos del mundo, y cerrais los ojos para no verla! Los prodigios del arte y las conquistas de la ciencia ¿son otra cosa que destellos de esa luz cuyo foco se halla en nuestra mente? son otra cosa que trasuntos de esa nobilísima sustancia, llamada espíritu humano,

cuya fuerza creadora comunica belleza, vida y movimiento á la informe é inerte materia?

Las creaciones del arte y los inventos de la ciencia no son más que pálidos reflejos del espíritu, copia imperfecta de un magnífico original que no puede ser reproducido por la materia de suyo grosera y tosca. El lienzo á donde el diestro pincel traslada las concepciones del artista, los caracteres de la imprenta que se combinan para expresar la divina inspiracion del genio, ¿son en sí más que pura materia sin actividad, sin calor, sin vida? No obstante, aquel puñado de materia, obrando sobre nuestros órganos, hiere las fibras más delicadas del sentimiento, hace brotar el entusiasmo, enardece la fantasía, y nos lanza por unos espacios inundados de luz que el ojo corporal no vé, sembrados de maravillas que los torpes sentidos no alcanzan. Acontécenos contemplar un cuadro de Murillo, leer un trozo selecto de la Eneida, ó un rasgo sublime del Génesis ó del Evangelio; ¿qué mágico poder encierra aquella combinacion de colores, aquellos rasgos del pincel, aquella disposicion particular de los signos alfabéticos? La vista está fija en un punto, completamente inmóvil; el corazón apenas late, el pecho apenas respira, cual si temiese turbar el profundo recogimiento del espíritu. ¿Qué es lo que en mí pasa? qué mundo es ese á donde he sido trasladado? ¿qué regiones son esas que mi imaginacion recorre? Esa luz apacible que baña y recrea el alma, esas risueñas imágenes que ante su vista desfilan, ese arrobamiento, ese éxtasis que la levanta sobre el mundo corpóreo, ¿no son más que alteraciones orgánicas, que sonoras pulsaciones de una cuerda? Ah! pues entonces decidnos: ¿cómo es que, al vibrar aquella cuerda misteriosa, los sentidos enmudecen, y todo lo que es materia calla en derredor nuestro? decidnos cómo es que el alma, al desplegar sus alas para volar á aquellas regiones, busca la soledad y el silencio, y concentrándose toda en sí misma, se aleja cuanto puede de los sentidos, se incomunica cuanto es dable del mundo material? decidnos qué color tiene lo bello ideal, qué formas sensibles lo sublime? decidnos, por fin, qué clase de vibraciones sean esas, que con sus inefables armonías arrebatan y extasían al alma humana, cuando la inspiracion del genio se cierne sobre ella?

III.

«La verdad, dice Malebranche, esta comida de los espíritus, es tan deliciosa, y dá al alma tal vigor cuando la gusta, que no nos cansamos nunca de deseársela y buscarla, pues hemos sido criados

para ella.» ¡La verdad! ¿y cómo la explicais vosotros que solo acertais á descubrir en el hombre materia, órganos y sensaciones? Ciegos! esa vision interior, ese ojo perspicaz del espíritu que lee la verdad escrita en caracteres que carecen de toda forma sensible, ¿no veis que es algo diferente de la materia? ¿Quereis de ello una prueba incontestable, evidente, rigurosamente matemática? vamos á dároslo.

Leed estas palabras: «seis y seis son doce.» ¿Las leisteis ya? pues bien, recogeos en vosotros mismos, haced abstraccion completa del mundo exterior, abrid el ojo del alma, leed la idea que ha brotado en vuestra mente; y vereis cómo el espíritu esclama con ese bellissimo lenguaje interior, propio y peculiar suyo: ¡es verdad! Ahora pues, decidnos ¿qué es lo que ha visto el entendimiento? qué es lo que ha sentido el alma? ¿No ha visto sino letras de cierta manera combinadas? no ha experimentado mas que una impresion material? Bien está; hagamos pues que sean diversos los signos, y diferentes por lo mismo las impresiones orgánicas. Leed: $6 + 6 = 12$. ¿Es diferente la idea que se presenta ahora á vuestra alma, ó exactamente la misma? Y si es la misma, ¿dudais todavía de que las ideas sean algo que está muy por encima de las impresiones de los sentidos y de las alteraciones del cerebro? Y bajo cuántas y cuán varias formas no pudiera enunciarse la misma verdad! Pudiéramos escribir: VI mas VI igual XII, y agotar despues todos los signos convencionales, y echar mano de todos los idiomas conocidos; y viéramos con asombro que en medio del flujo y reflujo de cifras y caracteres, en medio de la infinita diversidad de sonidos con que cada idioma se espresaria, en medio de las diferentes impresiones cerebrales á consecuencia de ello escitadas, la idea permaneceria única, inmutable en el fondo de nuestro espíritu.

Ved ahí lo que es la verdad; ved ahí lo que es esa deliciosa comida de los espíritus, que el alma humana saborea con un placer que se convierte á veces en delirio, pero en delirio sublime en aquel delirio que hacia correr á Arquímedes por las calles de Siracusa, gritando como un loco: ¡ya la he encontrado! en aquel delirio que agitaba á Gálileo, cuando á pesar de la indignacion de su siglo contra su sistema astronómico, pinta el globo en las paredes de su cárcel, y dice á aquella figura animada por la verdad: ¡pero sin embargo tú das vueltas!

¿Y se dirá todavía que en nosotros no hay mas que materia, órganos y sensaciones? ¿Y se negará todavía la *espiritualidad* de esa alma que conoce la

verdad, que se alimenta y vive de ese sabrosísimo manjar preparado en un mundo que se estiende mas allá de los sentidos, mas allá de todas las modificaciones orgánicas de nuestro cuerpo? Ah! no seamos ciegos, no nos pongamos en pugna con la razon, no choquemos abiertamente con los sentimientos mas profundos, con las mas nobles aspiraciones del corazon humano.

JUAN MAURA PRO.

PARÁFRASIS DEL CAP. XIV DE JOB.

Homo natus de muliere...

Nacido de la muger,
Vive el hombre en el dolor;
Y dura su padecer
Lo que dura su placer,
Que es la vida de la flor.

Huye como sombra vana:
De un estado en otro va,
Perdida la flor liviana;
Visítasle de mañana,
De noche en la tumba está.

¿Tú los ojos con amor
Sobre él te dignaste abrir?
Mas ¿quién sino tú, Señor,
Puede una sombra de horror
En clara luz convertir?

Oh Dios! las auroras mias
Solo tú puedes contar,
Tú que al formarme ponias
Término y borde á mis días,
Como le pusiste al mar.

Mas, ¿por qué tu saña aqueja
Al hombre? déjale ya.
Cual buey que arrastra la reja,
Que arrastre su cuerpo deja
En paz, que al fin cesará.

¿Para el labrador de penas
Habrá descanso, Señor?
¿Vendrán las auras serenas
En sus ásperas faenas
A refrescarle el sudor?

Vive de esperanza lleno
Del árbol el tronco duro;
Y aun cortado el bosque ameno,
Rompen de la tierra el seno
Sus retoños de seguro.

Por las aguas inundadas,
Torna el jugo en la vejez
A las raíces trenzadas,
Y brotan las enramadas
Como la primera vez.

Pero el hombre, una vez muertó,
Descarnado y consumido,
¿Qué fué dél? Nunca por cierto

Lo dirá su labio yerto
En la negra fosa hundido.

De la mar la vasta hondura,
De los lagos y los rios,
Árida y mustia llanura
Será, si el agua á la altura
Pasa en vapores sombríos.

Así, al alma suelto el lazo,
Mudo el hombre dormirá.
De la muerte en el regazo;
Ni alzaré del polvo el brazo,
Ni su párpado abrirá!

Ábreme, Señor, la huesa,
Déjame escondido allí!
Dígame el cielo en pavesa
Cuando tu cólera cesa
Para presentarme á tí!

Mas, si el hombre muerto fuere,
¿Podrá á la vida volver?
Espere el mortal, espere!
Tras la sombra en que el sol muere
Viene el claro amanecer.

Sí: por eso al cielo lanza
Su vuelo el ánima mia,
Y hallo alivio en mi esperanza,
De mi gloriosa mudanza
Esperando el claro dia.

Tú entonces me llamarás,
Y yo te responderé:
El sepulcro me abrirás,
La mano me tenderás,
Y á tu vista me alzaré.

Pues aunque fueron contados
Por tí mis pasos, Señor,
Mis delitos y pecados
Por tí tambien perdonados
Me fueron ya con amor.

Cambian de asiento las peñas,
Cayendo los montes van,
Al agua encrespada enseñas
El rumbo á las altas breñas
En su destructor afan.

Y como el mar lentamente
La tierra se va tragando,
Cercada de ocaso á oriente,
Así tu soplo potente
Va con el hombre acabando.

Dasle la vida, y errante
Le mandas peregrinar;
Y hácesle en un breve instante,
Desfigurado el semblante,
A la eternidad pasar.

Acaso tú bendecir
Querrás su generacion;
Mas, durando su vivir,
No cesará de sufrir,
Y llorar su condicion.

PEDRO DE MADRAZO.

CRÓNICA.

Entre las audiencias privadas dadas en el Vaticano merece citarse la concedida por su santidad el 20 de octubre al R. P. Gandel general de la orden de dominicos, recientemente llegado de Francia.

El mismo dia, antes de salir á su paseo ordinario, el padre santo, acompañado de los cardenales Cullen, Monaco y Barnabo y de su noble corte, se detuvo algunos instantes en la sala del consistorio, donde se encontraban reunidos gran número de estrangeros y las piadosas profesoras del consistorio de la calle del Gesú. Los fieles que allí habia se apiñaban en torno del vicario de Jesucristo para tener la dicha de tocar su vestidura ó de besar su mano. Cuando su santidad llegó al lugar donde estaban las virtuosas profesoras, exclamó riéndose: «¡Ah! hé aquí las que no han sido admitidas á exámen.» Hacia alusion el padre santo con estas palabras al resultado conseguido por varios religiosos de ambos sexos, obligados á sufrir los exámenes para obtener el diploma de enseñanza delante de profesores delegados por el gobierno de Víctor Manuel y partidarios de la doctrina que hace al hombre descendiente del mono. Despues deteniéndose en medio de la sala el sumo pontífice habló sobre poco mas ó menos en estos términos:

«Trabajemos, hijos míos, en nuestra santificación, mediante la práctica de buenas obras. Bien necesita de santos la sociedad en que tantos diablos hay. Ocupaos, sobre todo vosotros los profesores, ocupaos con celo y actividad en la educacion de la juventud, para preservarla, en cuanto esté en vuestra mano, de tantas doctrinas y máximas pestilenciales como difunden por todas partes los maestros de la iniquidad.» Despues de pronunciadas estas palabras, su santidad dió á todos su bendicion apostólica.

Posteriormente ha recibido Pio IX en audiencia al embajador de S. M. Oscar II rey de Suecia y de Noruega, quien le ha entregado algunas cartas autógrafas, participándole la muerte de su augusto hermano Carlos XV, y la noticia de su sucesion al trono.

El dia 27 recibió el papa á los romanos del barrio de Monti, que deseaban protestar de las fiestas de los aniversarios de 20 de setiembre y de 5 de octubre. El número de los asistentes se elevaba á 5,000, entre los que se encontraban los cardenales Cullen y Billix y los embajadores de Francia, Perú y Portugal. El padre santo, vivamente conmovido por esta demostracion de fidelidad, contestó al discurso leído por el principe Aldobrandi en los siguientes términos:

«Lo que en este momento acabo de oír y lo que me dijeron el 13 del corriente los habitantes del Transtevere, me hace conocer que el cariño, que os demostraron algunos periodistas de ciertos diarios, fué improvisado únicamente para fundar en él un artículo que fuera leído en todo el mundo. Pero hé aquí que este cariño se ha desenmascarado por hechos tan elocuentes como el que se verificó el 13 de octubre y el que hoy tiene lugar. Si era verdad que los sentimientos de los vecinos de esos barrios eran unánimes, vosotros os encargais de demostrar hasta qué punto alcanzaba esta unanimidad, es decir, el afecto y el apego al vicario de Jesucristo. En cuanto á aquellos que han sido inducidos á error, que se aperciban, que despierten de su sueño, del mismo modo que la jóven resucitada por Jesucristo, segun nos dice el evangelio. ¡Oh! si todos escucharan la voz de Dios como vosotros, pronto saldrian del letargo en que yacen.

Ved aquí lo que nos dice el evangelio de esta mañana: un padre de familia, que era uno de los jefes de la Sinagoga, habiendo perdido una de sus hijas, fué á ver á Jesus lleno de fé y confianza. Llegado que fué ante él, se prosternó á sus piés y le dijo con los ojos arrasados en lágrimas: «Señor, mi hija acaba de morir.» *Filia mea modo defuncta est, veni et impone manus super eam.* Jesucristo, enternecido y satisfecho de tan gran fé, siguió al padre de familia hasta su casa, en donde ya se estaban preparando para llevar la difunta á la

sepultura, encontrando ya hasta la *turbam tumultuantem*. Nuestro Señor los de-pidió diciéndoles: «Retiraos, esta joven no está muerta» Al oír estas palabras la turba de fariseos, prorumpió en carcajadas. Hoy también se ridiculizan las cosas más sagradas, y hasta á los ministros de Dios, puesto que *animalis homo non percepit ea quæ sunt spiritus Dei*. ¡Cuántos desdichados viven á la manera de los brutos, y desconociendo lo que procede del espíritu de Dios! Debemos rogar por ellos, á fin de que resuciten del estado de muerte en que se hallan sumidos: *Ego dormivi, et resurrexi, et Dominus suscepit me; dormivi et soporatus sum, Dominus autem suscepit me*.

Roguemos para que reconozcan el estado en que se encuentran y resuciten á una nueva vida. Muchos despertarán al llamamiento de Dios; desdichados de los que dejen endurecer sus corazones, porque la cólera de Dios los castigará terriblemente. Sé que muchos dicen hoy que el acontecimiento más grande de la época es la destrucción del poder temporal; se vanaglorian de encontrarse en Roma, y afirman que continuarán en ella. Desdichadamente es cierto que se hallan en Roma; pero de esto á decir que continuarán en ella, hay mucha distancia. Las pruebas á que actualmente nos somete Dios, no serán eternas.

Mi intención no es hablaros del poder temporal, sino de un poder más importante, del poder espiritual. Contra este poder dirigen hoy los impíos todos sus esfuerzos; pero su tarea es trabajosa, y no conseguirán destruirlo; porque es indestructible. Manifiéstase en todos sus actos su criminal proyecto. Favorecen la propagación del mal, mientras el pecado cunde por todas partes; esponen las vírgenes esposas de Jesucristo á toda suerte de peligros, arrebatándolas sus conventos so pretexto de hacer de ellos un liceo, un hospital ó un colegio militar. ¿Qué género de escándalo no se ve hoy en Roma, capital del mundo católico? Se ve llegar á Roma un hombre que niega la divinidad de Jesucristo, y los diarios le llaman el hombre ilustre, el honor de la patria. Dos incrédulos, hijos en otro tiempo del mismo seminario, se encuentran en esta capital del mundo cristiano, y se dan la mano en confirmación de su incredulidad.

Todos estos hechos conspiran á la destrucción del poder espiritual; pero yo lo repito, es indestructible. Debemos pues apiadarnos de los que se emplean en obra tan impía, y encomendarlos á Dios. Mirad lo que pasa en el mundo católico; las peregrinaciones que se organizan para pedir á Dios su protección en favor de la Iglesia, las súplicas que de todas partes se elevan hácia el trono del Todopoderoso, las instituciones que se fundan para llevar á los pueblos por el camino del bien y acudir á las necesidades presentes. Ved al episcopado defendiendo los derechos de la religión. Sepamos esperar: el día del Señor vendrá. Pero me direis: estamos hoy *sicut super flumina Babylonis*. No por eso tengamos menos confianza en Dios. El sabrá recompensar nuestra constancia y firmeza en medio de tantos dolores, acordándose de sus misericordias en favor nuestro. Pidamos á Dios esta constancia para poder resistir á la impiedad que nos rodea. ¡Dios mío! sostened á vuestro vicario y dadle valor. Bendecid este pueblo que me rodea, y que vuestra bendición alcance á todo el mundo católico.

Que Dios os bendiga y os comunique la fuerza y el valor de llegar con esta bendición al término de vuestra vida. Que Dios Padre os bendiga y comunique el don de la fuerza: que Dios Hijo os bendiga y dé la perseverancia: que Dios Espíritu santo, en fin, os bendiga y os preste sus luces, para que podáis alcanzar la vida eterna.»

Las Provincias periódico de Valencia publica esta interesante historia de un renegado valenciano:

«Jóven de diez y siete años marchó hace ya larguísimo tiempo al Africa un vecino del Grao, que arrastrado por la inesperienza de la juventud y más aun por el amor que hizo nacer en su pecho una joven árabe de rara hermosura, renegó de su religión y de su patria, casándose con ella y tomando el nombre de Abd-Alá, bajo el cual se conquistó una buena posición y desahogada fortuna. Los placeres de la familia, el bienestar de la fortuna, y la consideración que me-

recia en su patria adoptiva, no bastaron en 27 años que ha permanecido en Africa, á borrar los sentimientos católicos que recibió en el regazo de su madre y en los primeros años de su niñez, y el renegado Abd-Alá trabajó lenta y constantemente para llevar á su esposa á la verdadera religión y volver él mismo al catolicismo. La oposición de su compañera fué tenaz; pero aumentaba los deseos del antiguo cristiano ver crecer á sus hijos en las doctrinas del error, y ver avanzar en la vida á una hija que ha cumplido los doce años, y estaba ya prometida como esposa á un rico moro de aquel país. Este casamiento iba á perpetuar en su familia los errores de Mahoma, y ante esta idea Abd-Alá decidió volver á su patria á cualquier precio, y una vez en ella ingresar de nuevo en el seno de la Iglesia que había abandonado.

Las súplicas, los razonamientos, el ejemplo, nada pudo convencer á su esposa, que viéndolo decidido á marchar, dió parte á los suyos, que apostaron 200 hombres para impedir la fuga, y tal vez vengar la tibieza mahometana del renegado. Este había tomado en secreto sus medidas, contando con la decisión del patron del Pueblo Nuevo del Mar José Cornil, que con su falucho se hallaba en la costa africana, y que no titubeó en correr graves peligros para facilitar la fuga de su arrepentido compatriota, que deseaba volver al catolicismo, llevando sus doctrinas al corazón de sus tres hijos. Al efecto, Abd-Alá salió de noche con sus pequeños, ocultándose á los que le vigilaban, y caminó largo trecho hasta la costa, donde en medio de la rompiente, y espuestos á ser asaltados y muertos los tripulantes, les esperaba el falucho libertador del patron Cornil, quien los recogió á bordo y los ha traído á su patria.

La instrucción cristiana y preparación para la retractación del padre y el bautizo de los hijos han sido confiadas por disposición del señor arzobispo al digno cura ecónomo de la parroquia de santo Tomás de esta ciudad, doctor don Baltasar Palmero. Creemos que las personas piadosas de Valencia mirarán con interés cuanto se refiere á este asunto y se relaciona con la espresada familia.

Tampoco podemos menos de pagar un justo tributo de admiración á la caridad verdaderamente cristiana del patron José Cornil, de esta matrícula, y vecino del pueblo Nuevo del Mar, quien con sus consejos y acertadas disposiciones ha contribuido muy eficazmente á sacar de las tinieblas del error y del fanatismo musulmán á la espresada familia.»

En pos del ilustre marqués de Viluma acaba de experimentar España otras dos grandes pérdidas: la del sabio dominico P. Ceferino Gonzalez, autor de los *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás* y de otras profundas obras, de una de las cuales nos ocupamos en el núm. 82 de la UNIDAD t. II pag. 236, fenecido en Madrid en la flor de su edad; y ahora en la noche del 5 del corriente también en Madrid la pérdida del eminente orador, escritor y jurisconsulto, D. Antonio Aparici y Guijarro, cuyas prendas y virtudes andaban de tal suerte en competencia con su talento, que no se sabe si dar la palma á su inteligencia ó á su corazón. ¿Qué es esto? es que los tiempos ó el país no son ya dignos de tales hombres?

El M. I. Ayuntamiento de Palma ha tenido á bien privar á los serenos que antes de anunciar la hora canten las palabras *Alabado sea Dios*, como se hallaba establecido desde la institución de aquel cuerpo. Preguntará el mundo á qué raza pertenecen los individuos de tal corporación; pero lo más doloroso es que haya de preguntar á qué región pertenece la ciudad que merece tal Ayuntamiento.

El próximo domingo 17 del corriente principiarán en el salón de la Sociedad de Católicos las conferencias de costumbre, en las cuales el Pro. D. Miguel Maura se propone desarrollar bajo un plan las verdades más importantes de la religión, resolviéndose las objeciones en forma de diálogo.